



SOBRE ELECCIONES DEL 28 DE JULIO DE 2024 EN VENEZUELA

04-08-2024

No se sabe realmente si hubo fraude electoral en Venezuela, y tampoco si hubo un ataque cibernético con el fin de obstruir su reciente proceso electoral. Según la información oficial, el sistema electoral de ese país sufrió recientemente un ataque cibernético afectando en lo fundamental lo relacionado con la transmisión de los datos pero no los datos en sí. Es llamativo que apenas 10 días antes de estas elecciones ocurriera un fallo generalizado en los sistemas operativos de Microsoft (algunos sospechan que provocados por un ataque informático) afectando los sistemas de vuelos internacionales excepto en Rusia. Esto nos recuerda el ataque que sufrió Irán por mano de Estados Unidos e Israel a sus centrales nucleares con el virus Stuxnet cuya instrucción era lograr la autodestrucción de la maquinaria industrial controlada por sistemas Microsoft Windows. Técnicos rusos y chinos han asistido al Consejo Nacional Electoral (CNE) de Venezuela para restaurarlo, cuyo ataque estuvo radicado, al parecer, en Macedonia. Después de todo esto, quizás no sea tan recomendable utilizar sistemas electorales digitalizados; están sujetos a ataques de este tipo. Algunos, dando vuelta la explicación, han aseverado que el gobierno de Venezuela ha utilizado el mismo software para “robar” las elecciones a Donald Trump en 2020 motivando el ataque al Capitolio en enero de 2021 por sus partidarios. Las dificultades para poder publicar los resultados en tiempo récord han dado pie a la crítica por parte de la Organización de Estados Americanos (OEA) alegando “la opacidad del CNE y su resistencia a la observación nacional e internacional”.¹ Desde siempre la actitud electoral de la oposición ha sido no reconocer la victoria de los chavistas con la consiguiente acusación de “fraude”. Un ataque cibernético de este tipo solo contribuye a la incertidumbre e inestabilidad de Venezuela y no parece que sea pura coincidencia o un desperfecto accidental considerando el trato de Venezuela como un “paria internacional”. El candidato Edmundo González no compareció a la instancia electoral para corroborar actas ahora último. Finalmente ganó Nicolás Maduro con 51,95% de los votos, mientras su principal contrincante Edmundo González obtuvo 43,18%.

Resulta extraño por decir lo menos que la candidatura de Edmundo González, vinculada a María Corina Machado (una Milei en versión venezolana) no firmase pocos días antes de las elecciones el Acuerdo de Reconocimiento de Resultados de Elección Presidencial 2024. 8 de 10 candidaturas firmaron. Aquí se hace presente de forma radical lo señalado críticamente por Gustavo Bueno frente al fundamentalismo democrático, de que el

¹ OEA, *Informe del Departamento para la Cooperación y Observación Electoral (DECO) de la Secretaría para el Fortalecimiento de la Democracia de la OEA sobre la elección presidencial de Venezuela para el Secretario Luis Almagro*, 30 de julio de 2024, p. 1.

mismo fundamentalismo democrático (promovido por el gobierno de Maduro) es enemigo de la democracia venezolana, y aunque pudiese sonar paradójico, es así, ya que este fundamentalismo al generar una oposición cada vez más idealista sobre una supuesta democracia pura y sublime, termina desconociendo a la democracia efectiva. Es más aún, el fundamentalismo democrático al otorgar más importancia a la “forma” que al “contenido” no permite sopesar racionalmente la bifurcación que podría materializarse en el futuro sobre la base de las opciones políticas existentes. Estamos en presencia una vez más del mismo guión injerencista de siempre aplicado reiteradas veces contra Venezuela y que les resultó en 2019 con la “autoproclamación” de Juan Guaidó como Presidente de Venezuela con la venia de Estados Unidos, la Unión Europea, el G-7, la OEA y el Grupo de Lima. Estos son los mismos que apoyan el “capitalismo popular” de los Kast, Milei, Bolsonaro, entre otros, más allá de las diferencias nacionales. En efecto, las proclamaciones por parte de terceros países entre ellos Estados Unidos y Ecuador como candidato ganador a Edmundo González nos llevan a la reedición de un “Juan Guaidó 2.0”: falta saber cuándo Juan Guaidó entregará la presidencia a Edmundo González en su Venezuela imaginaria. Las imágenes por la prensa y redes sociales de estatuas de Hugo Chávez siendo destruidas o demolidas por opositores en Venezuela recuerdan mucho al año 2003 con la invasión estadounidense de Irak. No se olvide que dicha incursión militar estuvo basada en una mentira: que ese país tenía armas de destrucción masiva en el contexto de la guerra global “contra el terrorismo” a propósito del atentado en el World Trade Center (las torres gemelas) en septiembre de 2001. En ese entonces la misión de Hans Blix en representación de la ONU tenía como objetivo corroborar la presencia de tal armamento pero nunca lo encontraron. Ahora con Venezuela se quiere repetir la historia pero sobre la base de un supuesto fraude electoral para justificar una intervención militar multinacional. Sin ir más lejos, Johannes Kaiser (quien está fundando un nuevo partido de derecha) hizo un llamado para invocar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (el TIAR o la “OTAN latinoamericana”) para resolver la situación. Con todos estos antecedentes no es creíble la oposición al gobierno cuyo comportamiento político es muy similar a la de las “revoluciones de colores” en el espacio geopolítico post-soviético.

Es hipócrita que el Centro Carter pueda dar el “visto bueno democrático” a terceros países sin tomar en cuenta que en su país de origen, Estados Unidos, los votantes individuales tienen un peso insignificante. Allí no es la gente común y corriente la que elige al POTUS (Presidente de los Estados Unidos) sino un Colegio Electoral. En Reino Unido la figura de Primer Ministro no es elegida por los votantes sino por las cúpulas de los partidos políticos con mayoría parlamentaria. Los cargos directivos de la Unión Europea tampoco son elegidos con voto popular. Esa es la ventaja que confiere ocupar los puestos de comando en la economía-mundo capitalista con los mayores índices de “desarrollo”: la atribución de utilizar la academia como brújula parroquial para justificar la injerencia foránea. El Centro Carter es expresión del parroquialismo de la ciencia política estadounidense especialista en discriminar “autocracias” o “dictaduras”

Vanguardia Comunista de Chile

de “democracias”. Observan procesos electorarios en más de 100 países pero no se dedican a hacer lo mismo en su propio país. Trump acusó de fraude electoral en su contra en 2020, pero la instancia electoral pertinente de su país dirimió que ganó Biden. Ahí no hubo observación internacional de esas elecciones. Se supone que el Centro Carter es una Organización No Gubernamental (ONG) pero recibe financiamiento a través del USAID. Esa condición trunca su condición neutral de ser una mera ONG ya que está subordinada a los intereses, decisiones, y acciones geoestratégicas de las políticas de Estado de ese país. Lo que diga el Centro Carter no tiene mucha credibilidad ya que al juzgar las últimas elecciones en Venezuela ni siquiera se ha tomado en cuenta el plazo máximo contemplado en la ley electoral de ese país. El CNE tiene 30 días desde la elección para publicar los resultados en la Gaceta Electoral de Venezuela. Se esperaría más seriedad de una ONG de ese calado antes de emitir juicios apurados. Además, el escrutinio de los votos no lo realiza el CNE como si fuera manejada por el gobierno de Maduro como su titiritero, sino que participan a su vez todos los partidos involucrados. Pero aún así, el Centro Carter tampoco otorgó credibilidad a los supuestos resultados de la oposición según sus fuentes ya que el CNE es la última autoridad al respecto. En Chile tampoco el sistema político es una gran maravilla ya que se reduce a elegir a quienes nos “gobiernan” y “representan”, pero los candidatos los define quién tiene más plata. En Chile hay una plutocracia disfrazada de “circulación de las élites” (“alternancia” le dicen) donde prácticamente no se puede cambiar nada que vaya en la dirección de afectar negativamente a las clases dominantes.

Prácticamente todo el espectro político en Chile, y el gobierno, comparte una postura injerencista sobre esta materia, con la excepción de una porción importante del Partido Comunista. Incluso se ha reprochado la incongruencia del PC de Chile (reconociendo a Maduro) con la postura oficial del Partido Comunista de Venezuela (PCV) para generar confusión en Chile. Estos últimos no llaman a desconocer a Maduro sino a hacer lo más transparente posible la auditación de los resultados sin alinearse con las posturas injerencistas e imperialistas contra Venezuela. Chile se dispara a los pies con las recientes decisiones del Presidente Boric de abanderarse con el bloque atlantista sobre todo con su reciente apoyo a un proyecto de resolución de la OEA donde se le exigía a Venezuela a que “a) publique inmediatamente los resultados de la votación de las elecciones presidenciales a nivel de cada mesa electoral” y “b) como lo han solicitado los actores políticos venezolanos relevantes, se lleve a cabo una verificación integral de los resultados en presencia de organizaciones de observación independientes para garantizar la transparencia, credibilidad y legitimidad de los resultados electorales”. Su orientación en materia de política exterior finalmente ha resultado ser la de un “Piñera 3.0” y bastante cercano al de Javier Milei aunque mucho más edulcorado o atenuado para justamente aparentar lo contrario. El gobierno cometería un error si finalmente decidiera reconocer —junto a Argentina, Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, Perú, entre otros— como ganador a Edmundo “Juan Guaidó 2.0” González. Esa actitud contrasta demasiado con la benevolencia y apoyo mostrados al

Vanguardia Comunista de Chile

Presidente Volodymyr Zelensky (ahora tráfuga) de Ucrania quien no dudó en clausurar varios partidos opositores (acusados de “pro-rusos”), sostener prácticas de represión así como tortura, junto con prohibir constitucionalmente elecciones con la excusa de la invasión rusa a su país. En este sentido, no deja de ser llamativo que casi nadie cuestione las “credenciales democráticas” de la oposición liderada por María Corina Machado así como de las garantías que debieran conceder en un escenario hipotético de que el gobierno de Nicolás Maduro dejara de existir. Lo más seguro es que si esa oposición llegase al gobierno en Venezuela, no cabría la menor duda de que se inmediatamente se llevaría a cabo un “efecto Milei” (recortes de servicios públicos, merma de las garantías a los trabajadores, ajuste fiscal, etc.) de una forma mucho más violenta que en Argentina, incluyendo *vendetta* política contra los “zurditos de mierda”. Si el gobierno de Maduro ha comenzado la senda hacia una relativa liberalización (al estilo de la NEP de Lenin hace un siglo en la URSS) tal como ha acusado recientemente el PCV, esa opción tendría un carácter mucho más “antiobrero” así como “antipopular” si lo llevara a cabo la oposición de María Corina Machado en el gobierno. El peligro de la postura de Boric, alineada con la de Milei y otros lacayos anglófilos apenas se reduce al posible incrementado éxodo de venezolanos a nuestro país (un problema en sí mismo), sino que contribuya a crear mayor división dentro de nuestro continente así como a formar un clima geopolítico favorable a la guerra. De continuar este derrotero se podría convertir a Venezuela en la “Siria latinoamericana” si finalmente Estados Unidos decidiera de una vez por todas deshacerse del régimen chavista por la vía militar —ya sea directamente como en Afganistán o Irak o mediante un conflicto “por delegación” (*proxy*) como en Ucrania— tal como lo han solicitado varios personeros contra el gobierno dentro y fuera de Venezuela.

China y Rusia ya reconocieron oficialmente la victoria de Nicolás Maduro en Venezuela. Esto no es sobre “democracia” versus “dictadura”. Como mencionó hace poco Santiago Armesilla: ya no estamos en 1992, en las postrimerías de la Guerra Fría ni en la víspera del “fin de la historia” pregonado por Francis Fukuyama. Esto no es sobre democracia versus dictadura o quizás entre izquierda y derecha. Esto es explícitamente sobre la destrucción de las estructuras geopolíticas erigidas durante la hegemonía estadounidense las cuales disfrutaron, en forma aparente, una renovada fortaleza así como legitimidad gracias a la caída del bloque soviético entre 1989 y 1991. La reciente controversia sobre las elecciones en Venezuela no es más que un epifenómeno de la competencia global entre los bloques OTAN y BRICS y la victoria de Nicolás Maduro en términos geopolíticos es un espacio de apertura para este último bloque. El hecho de que los BRICS, impulsado militarmente por Rusia y económicamente por China, hace que dicho bloque realmente pudiera catalizar en un futuro próximo la destrucción de las estructuras organizativas de la hegemonía estadounidense. El hecho de que Venezuela tenga mejores proyecciones de crecimiento económico y menor tasa de inflación, refrendadas inclusive por el mismo Fondo Monetario Internacional, probablemente hace más auspiciosa la adhesión a dicho

Vanguardia Comunista de Chile

bloque. Por último, pero no menos importante, esta reciente trifulca en Venezuela debe entenderse a su vez como producto de la “geografía de la guerra” en los últimos 20 años en torno a los suministros de energéticos así como la economía política de las petrodivisas los cuales se han alejado gradualmente del centro de gravedad comandado por EEUU para estar vinculados más explícitamente a los BRICS.